

prendente parecido con la del monje cristiano de la Tebaida, cubierto de harapos y consagrado a la oración, al ayuno y a la contemplación, pero, a la vez, aureolado con los más altos carismas de la profecía y del milagro. Si según esas tradiciones Jesús no es Dios ni hijo de Dios, es, en cambio, el modelo supremo de la santidad humana, además de ser profeta inspirado por Dios, el Mesías anunciado y el Verbo o Palabra de Dios.

El carácter sobrehumano de su ser, revélase además en su origen, pues su alma, creada como la de Adán inmediatamente por Dios, fué ya santa al nacer y perfecta por naturaleza y no por la gracia del Espíritu Santo, como lo son las de los otros justos; por eso, también, Jesús y su madre la Virgen María, virgen y madre a la vez para los musulmanes como para nosotros los cristianos, estuvieron, uno y otra, exentos del pecado original, común a todos los hombres. «Todos ellos —dice una de esas tradiciones—, con la sola excepción de Jesús y de su madre María, lloran al nacer. Es que el demonio les punza el corazón con un agudo dardo, en el momento de su entrada en este valle de lágrimas». Parece, pues, como si estas antiguas tradiciones islámicas hubieran sido introducidas con el propósito expreso de paliar en lo posible el alcance de las herejías nestoriana y monofisita, inspiradoras del Alcorán en su negación de la divinidad de Cristo. Ellas son, por lo menos, reflejo fiel del profundo respeto y del amor que su persona sacrosanta inspiró siempre a los musulmanes. Uno de los más grandes místicos del Islam español, cuya memoria es hoy venerada por los marroquíes, el murciano Ibn Arabi, atribuía su propia conversión a la vida religiosa a «la inspiración y guía del corazón de Jesús». Son éstas sus palabras textuales. Ellas vienen a disipar la extrañeza que al observador desprevenido le producía la imagen del Sagrado Corazón prendida al pecho de muchos de nuestros Regulares; no era tan sólo una rutinaria imitación de sus compañeros de armas, sino también supervivencia inconsciente de esa veneración religiosa que los musulmanes todos profesan a Jesucristo y a su madre la Virgen María; veneración que no se detiene ante la prohibición islámica del culto a las imágenes. Una estampa de la Virgen, que presidía una de las salas de un hospital de sangre, iba a ser descolgada, por no herir la susceptibilidad de los